

BÚMERAN

Elizabeth Cruz Madrid (textos)
Mariana Alcántara (ilustraciones)



Búmeran

Primera edición, 2023

Colección: Alas de Lagartija

© Elizabeth Cruz Madrid, por el texto.

© Mariana Alcántara Pedraza, por las ilustraciones.

D.R. 2023 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional

de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,

Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana.

Corrección: María del Carmen Salazar Flamenco.

Diseño de colección: Frida Solano Martínez. Formación:

Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon, Montserrat y Bellota.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-216-2

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

**DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL**

alas raíces



**ESTRATEGIA
NACIONAL DE
LECTURA**

BÚMERAN

Elizabeth Cruz Madrid (textos)
Mariana Alcántara (ilustraciones)

*A un niño como tantos niños
cuyo papá se fue a esta guerra y ya no regresó.*

El tiempo avanza



1. Regalar un jardín

A mamá los ojos se le pusieron verdes cuando papá le regaló un jardín. De su mirada brotaban flores y mi hermana dijo que regalar un jardín era mejor que regalar un ramo. Ese día empecé a conocer el verde. Sabía el nombre del color y lo identificaba en las cosas que lo tenían, pero supe lo que era de verdad cuando reverdecí a su lado.

Las plantas transformaron el patio arena de mi casa, donde el sol se reflejaba por todas partes y causaba que los ojos se pusieran chiquitos: el verde se colgó de las paredes y trazaba caracoles y otras figuras en las ramas. Los pájaros, las abejas y los abejorros lo habitaron. De repente ese patio desierto, silencioso y duro de luz, fue una caja musical donde trinaba la vida y daba zumbidos.

Mi hermana tenía razón: regalar un jardín era mejor que regalar un ramo de flores.

2. La estatua del jardín

Estaba acostumbrado a ver a mi bisabuela dormir. A veces yo la miraba por un rato pensando que se había convertido en estatua, hasta que roncaba, se movía, se rascaba, y el encantamiento de las estatuas de marfil terminaba y me hacía correr. Luego ella dormía de nuevo por largos ratos.

A veces mi abuelita la tocaba como si quisiera averiguar algo y decía, “¡Estás muy fría, mamá!”. Para calentarla, la llevaba con todo y silla de ruedas a la ventana preferida del sol. Cuando el patio se llenó de jardín, mi abuela llevaba a mi bisabuela a verlo, “Para que se alegre la mañana”, decía. “Porque el verde es vida.” Entonces yo preguntaba:

—¿Llevan al patio a la bisa para darle vida?

Ellos se reían, y luego se quedaban pensando, como cuando una nube cubre el sol. No sé por qué todo lo que tenía que ver con mi bisa se llenaba de silencios, como una tela con hoyos. Y de sombras. Por eso le buscábamos la luz.

Pero por más sol que cayera sobre la bisa, ella seguía fría. Mi mamá pensaba que se enfriaba porque dormía mucho. Un día se enfrió tanto que la llevaron a acostar a un lugar de donde no volvió jamás.

3. Zumbar como un abejorro

En los tiempos que papá le regaló un jardín a mamá éramos ricos. Papá no sólo le regaló arbustos, flores y pasto, también un tejido de figuras que se extendía con las sombras cuando tendía la ropa. Él también me compró una moto de juguete para que aprendiera a manejar como él y a mi hermana el celular por el que se la pasaba rogando.

Papá salía a las calles a zumbar como un abejorro, con sus lentes y su casco, y yo en mi pequeño patio zumbaba también, soñando con volar. Él a veces me llevaba a la escuela en moto. Era cuando yo sentía que despegaba mis pies del suelo.

Mi abuela siempre se enojaba de que papá me llevara en la moto y a mí me daba un poco de rabia eso. Ella decía entre dientes y con chirridos como un carro viejo: “¡Un día va a salir volando este chamaco!”, pero yo no estaba de acuerdo con su enojo. ¡Justo lo que quería era salir volando! Volar y conocer las nubes.

Muchas veces, en el trayecto con papá pensaba que de verdad comenzábamos a elevarnos. Sentía el viento, fuerte y rápido en mis mejillas y mis pies. Cerraba los ojos y me convencía de que el suelo estaba abajo, más abajo, muy abajo. En una de éstas, quise levantar los brazos para dejarme ir como un papalote, pero papá se paró de repente y me soltó un manotazo duro y repentino. Me gritó que no volviera a zafarme, nunca, y luego seguimos el paso, pero más lento y dudoso. Papá dejó de llevarme en moto.

Yo no entendí por qué nadie quería que aprendiera a volar.

4. Los milagros de papá

Otro día papá nos dio una gran sorpresa: “¡Vámonos a la playa!”, dijo. Él era como una caja de milagros. Mamá no se lo creía, pensó que estaba bromeando, pero él entró a los cuartos y comenzó a echar la ropa en las maletas:

—Si no se ponen buzas, las visto como yo quiera —dijo a mamá y a mi hermana, y ellas, todavía sin creerlo, empezaron a guardar su ropa.

El único que creía en los milagros de papá, sin alguna duda, era yo. Comencé a gritar:

—¡Eeeeeh, la playa!

—¡Vas a conocer el mar! —me dijo él.

Y nos fuimos en avión. Todos estábamos sorprendidos. Nunca nos habíamos subido a uno. Por fin volé, aunque me habría gustado más tener alas propias.

Papá casi no estuvo con nosotros en la playa, porque tenía que trabajar, pero cuando regresaba se metía al mar conmigo y también hacíamos castillos de arena. Una vez hasta me dejó enterrarlo de los pies al cuello; menos la cabeza, porque si no, no podría respirar.

Mi papá era como un búmeran, se iba, pero siempre regresaba con su gran sonrisa.

5. Cuando eso pasó

Me gustaba que mi papá me llevara a la escuela. Era muy alto y fuerte. Musculoso, como un luchador. Algunos hasta lo veían con miedo, pero él siempre tenía risas para compartir. Mamá se reía mucho a su lado. También la veo sonreír cuando mira las plantas. Igual es porque algunas hojas hacen una curva que se parece a la sonrisa. Y ya se sabe que la risa es pegajosa, como lo era la de papá.

Me gusta que mi mamá sonría. Cuando veo sus dientes hay una claridad; tal vez por su blancura. También en las plantas está la frescura de una risa, aunque no se escuche. Es como una carcajada que se mira y se sabe por dentro, y ahí, en el fondo, retumba. Las plantas me ayudan a no estar triste.

Mi hermana dice que las plantas son optimistas, porque sólo crecen y crecen. Recuerdo que me dijo que así debía de ser yo. Sin embargo, he tenido que aprender a sentirme verde. Cuando eso pasó, sentí que sólo era una semilla enterrada en un hoyo negro y profundo. Cuando eso pasó, sentí al viento llevarme con fuerza, sin poder volar, sin alas, sin voluntad. Cuando eso pasó, parecía que no dejaría de caer y caer sin que nadie me atrapara. Estaba en lo alto de un remolino.

Cuando eso pasó, me enojé mucho y tenía miedo y fui gritos y truenos porque nada me gustaba y nadie entendía mi pequeñez de semilla.

En días como éstos todo estallaba: mamá, mi hermana y hasta la abuela, que ahora a diario hace la comida. Me recuerdo como una bestia que buscaba un rincón para no hacer más daño. En esos días, era tan gris y oscuro, como esa tormenta

que amenaza el cielo y que hace correr a todas las personas a las azoteas para descolgar su ropa, pero no termina de caer.

De pronto había muchos silencios. Me acordé de mi bisabuela y pensé que ya toda la tela estaba rota.

6. Se mueren los superhéroes

Nadie puede derrotar a un superhéroe, ¿verdad? Eso fue lo que me enojó. No era un final posible. Me puse a ver todas mis historietas y aunque en muchas golpeaban a Superman o al Hombre Araña, siempre se reponían y seguían luchando. Siempre regresaban. Porque eran fuertes, como papá.

Le pregunté a mi mamá:

—¿Cuándo va a venir papá? —ella no me contestó. Ya me había respondido muchas veces. Fue todo lo que dijo. Pero yo no entendía por qué en los cómics los superhéroes siempre regresan.

Le pregunté a mi hermana si los superhéroes se morían, y me dijo: “A veces”.

El tiempo se detiene



1. Se durmió por siempre

Yo tenía cuatro años, entonces.

En ese momento, sólo sabía de la muerte por la muerte de mi bisabuela. Ella se sentaba y dormía cada vez más hasta que un día se quedó soñando. Eso me dijeron y la llevaron a acostar para que durmiera en paz por siempre.

Durante un tiempo, yo tuve miedo de dormir, de quedarme en el sueño y de ser enterrado. Luego mamá me explicó que yo no era viejo: “El sueño sólo atrapa a quienes tienen muchos años”.

Después murió mi papá, aunque él no era viejo.

2. Se fue y ya no regresó

Cuando papá murió, yo apenas podía comprender la diferencia entre el día y la noche. Aun así, me di cuenta de que hubo un antes y un después de su muerte. El día que inició todo, papá no regresó como siempre. Yo presentía su llegada porque mamá apagaba la tele para darme la cena. Después él regresaba con su risa de búmeran y nos alegraba a todos. Pero ese día me fui a dormir sin verlo.

No entendí qué pasó. Mamá tampoco supo por qué las horas pasaban sin que él llegara. Papá no respondía el teléfono y mamá se veía preocupada y enojada, y preocupada y enojada, como un día que no se decide a ser de sol o ser de sombra. Incluso si va a llover en cualquier momento.

—¿Cuándo va a venir papá? —preguntaba yo, y ella sólo me miraba. A veces contestaba: “No sé” y otras retorció un trapo que traía en la mano.

Mi hermana la calmaba: “Ya sabes que tiene ese nuevo trabajo. De seguro le llamaron para que fuera. Como cuando fuimos a la playa. Ya regresará”.

Yo no me quería ir a dormir. También esperaba a papá, pero hubo un momento en que mamá me obligó a ir a la cama sin pretextos. Al otro día ya nada fue igual.

3. Se convirtió en secreto

La sonrisa tiene la forma de un búmeran que siempre regresa. Pero ese día yo también lancé la sonrisa de mi cara y no regresó. Desde esa mañana todos nos olvidamos de algo. Papá se olvidó de llevar su cuerpo o su cuerpo se olvidó de él. Ya no supo cómo respirar ni moverse ni atrapar un búmeran. Todos nos olvidamos de que en México no hay nieve y estábamos llenos de frío. Papá se quedó congelado.

Recordé cuando lo enterré en la playa, bajo la arena. Su cuerpo fue cubierto por la tierra, pero esta vez desapareció.

¿Qué fue lo que pasó? Casi nadie se ha atrevido a explicármelo desde entonces. Es como si él se hubiera convertido en un secreto. Es más, a veces mencionarlo hace que todos guarden silencio y traten de hacer algo más. Yo siento que papá es un globo que se me fue volando al cielo, sin que nadie me ayudara a atraparlo.

4. Se convirtió en cuerpo

Esa mañana en la que todo cambió, me desperté con el sonido de las lágrimas y los gritos. Había primos y tíos en casa. A mamá no la veía. Fui con mi hermana, quien lloraba, y me dijo que la dejara en paz. Nadie me explicó. Mi hermana desde entonces busca los rincones de la casa para acurrucarse y confundirse con las sombras. No quiere que nadie le hable ni la vea por ratos. Mamá dice que es la adolescencia. Yo pienso que es ella después de papá.

Esa mañana una tía me sirvió cereal que no probé. Estaba ahí sin saber qué pasaba. No supe si también tenía que llorar, porque muchos lo hacían. Al fin alguien me avisó:

—Tu papá se murió —pero no entendí.

Luego mi abuela llegó y me cambió de ropa. Fue cuando empezaron a decir que ya traían el cuerpo. No supe que el cuerpo era papá. Después me molesté de que lo hubieran llamado así. Un cuerpo no era papá, papá no era sin cuerpo.

En mi casa abrieron las puertas, colocaron sillas y la gente se puso a rezar. Yo jugué con mis cochecitos. No sabía qué hacer. Mi abuela se fue a preparar café y trajeron tamales y pan de dulce. Pensé que la comida significaba que todo iba a estar bien. Mamá me daba un pan de dulce cuando algo había salido mal y decía: “Las penas con pan son menos”.

5. Se convirtió en fantasma

Cuando comencé a extrañarlo, mis dedos cepillaban la tierra como movieron la arena en la playa el día que lo enterré. Me desesperaba por algo, no sé qué, y gritaba con mis manos que lo buscaban, que no encontraban, que rechazaban eso / a alguien / algo que se llevó a papá.

La tierra no es arena de playa y nunca pude desenterrarlo para que volviera a respirar. Cuando me enteré de que papá estaba frío y duro, supe que en México hay nieve.

En esos días, mamá se olvidó del desayuno, del hambre, de la vida, de prenderme la tele, de que hay noche, de mí. Olvidamos todo por no olvidarlo.

El día de su funeral no querían que lo tocara, pero lo toqué cuando mamá se echó a llorar sobre su pecho y yo me acerqué a ella, a él. Puse mi dedo en su mano helada. Me espantó sentirlo así. Comprendí por qué la muerte les daba miedo a todos y lloré también. Alguien me tomó en sus brazos y me llevó al cuarto.

Me costó trabajo quitarme la costumbre de saber que llegaría papá, como todas las tardes. Un día tras otro, a la hora de la cena. Yo quería que apareciera. Muchas veces pensé que no me importaría verlo como fantasma. No entiendo por qué les temen a los fantasmas si son gente de antes.

Papá se convirtió en un fantasma en nuestras vidas porque, a veces, hablar de él es como si pasara una nube tapando el sol. Había algo, ese secreto, que nadie de nosotros era capaz de decir en voz alta. Yo aún no entiendo todo porque nadie me ha dicho la verdad.

Cubrimos a papá con una tela que lo llenó de huecos y de sombras y de silencios.

Algún tiempo mamá renegó del jardín, de la playa y de todo lo que nos dio papá por su nuevo trabajo. Algún tiempo mi hermana estaba enojada con él y tiró el celular a la basura. Sentía que el único que entendía a papá era yo, y que era el único capaz de hacer las maletas a su lado, sin importar a dónde ir. Para mí todavía era un sol que nos calentaba.

El tiempo pasa lento



1. Se cayó

Cuando pensaba en papá y recordaba que no vendría, salía al patio a girar y girar en mí mismo. Me sentía atrapado en un remolino, hasta que me mareaba y me caía. Mi cabeza dando vueltas me hacía pensar en otras cosas y me sentía mejor.

Mi abuela decía que papá se había caído de la moto. Comprendí, entonces, por qué él me pegó cuando vio que quise alzar los brazos para volar. Entonces odié las motos y me preocupaba por todas las personas que estaban montadas en ellas. “Ya no lo hagan”, pensaba. “Es peligroso andar así.”

—Mi papá no debió andar en moto —dije a mamá, luego de platicar con mi abuela. Ella me miró con sorpresa. Algo pareció atravesarse en su garganta. Después sólo dijo:

—No, no debió. Pero él te quería mucho y debes recordar eso.

Fue cuando supe que papá no sólo se había caído de la moto.

2. Se calló

Lo único que entendía era que un día el viento largo como un tren dio un gemido prolongado que nos hizo llorar a todos. A su paso, las hojas se movieron, la casa retumbó y se cayeron las cortinas y las puertas. Todo se desordenó. Las horas cambiaron.

Ese día yo no fui a la escuela ni mi hermana. Mamá tampoco fue al mercado, ni papá a trabajar. A él lo trajeron caído como una hoja que congeló el otoño. Dijeron que hubo una persecución. Dijeron muchas cosas. En esos días el jardín no era verde ni era un consuelo. Las plantas tuvieron que sobrevivir a nuestra falta de riego.

Lloré y lloré por ese remolino transparente que había destruido nuestra casa.

Todo se quedó callado durante un tiempo.

3. Se hará ángel

Fuimos a la iglesia a despedir a papá. No sabía a dónde se iba, por eso no entendí tampoco que ya no iba a regresar. “¿Por qué tuvo que irse?”, decía. Y escuchaba que los mayores preguntaban también, “¿Por qué tuvo que ir?”, “¿Por qué tuvo que hacerlo?”, pero en realidad nadie tenía una respuesta.

Cuando mi abuela dijo que se cayó de la moto, le pregunté si había salido volando, pero no me comprendió y dijo que él ya era un ángel que volaba a mi lado. Lo busqué en el aire, pero no lo vi.

El día de su despedida, al final de la misa, todos se quedaron en las puertas, llorando. Algunos decían que había que rogar por él, por su alma. Yo me fui a la plaza, donde podía correr sin muros. Y hacer ruido y gritar. Pero al llegar noté que la plaza era un silencio largo. Un candado cerró mi boca. Lo comprendí al tararear:

*Un candadito nos vamos a poner
el que se lo quite va a perder...*

Papá se quedó guardado en mi aliento. Si hablo, se evapora.

El tiempo continúa



1. Pasa el viento

La gente en la calle siente pasar el viento, sus cabellos revolotean y su piel se pone de gallina. Pero se colocan un suéter y siguen caminando. Ignoran que hay viento, aunque les provoque escalofríos. Los autos siguen su marcha, también las manecillas del reloj y hasta la oruga en el árbol. A la oruga ya no le importan las hojas secas que tiró el viento. No las extraña.

Tampoco las recuerdan los autos ni la gente ni el reloj, pero yo sí.

Pasaron días sin que lo entendiera. Tal vez por necio. Eso decían de mí, que era un niño necio. Y hasta les preocupaba que “terminara como él”. Pero cada día a la hora de la comida, a la de la cena, en el desayuno, me ponía triste porque papá no venía a comer, no se sentaba a la mesa, no entraba al baño ni se iba a dormir. No despertaba. Un día tras otro.

Soy necio: por eso, a veces, cuando lo extraño, sigo pensando que volveré a verlo un día.

—¿Quisieras ver a papá de nuevo? —pregunté a mi hermana. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Ya había pasado un tiempo desde que tiró el celular.

“Sí”, dijo después de un momento.

—¿Ya no estás enojada con él?

Lo pensó otro momento. “No”, contestó, “pero no sé si podría verlo igual que antes”.

—¿Papá hizo algo malo? —se me ocurrió preguntar como cuando se me ocurre una idea. Mi hermana sólo me miró. El secreto había caído de nuevo sobre nosotros como una manta pesada y fui aprendiendo que todos querían que así se quedara. Pero pesa.

2. Se hace polvo

A veces levanto las hojas café del pavimento para rescatarlas del olvido. Las junto y las pongo contra mi pecho porque las quiero. Pero se deshacen entre mis manos tras un crujido. De nuevo se las lleva el viento.

A veces es imposible rescatarlas. Me siento inútil y lloro porque el viento es el viento y yo sólo soy yo: pequeño y torpe.

Las hojas se hacen polvo y desaparecen.

A veces pienso si habrá algún modo en que pueda rescatar las hojas, en si papá pudo haberlo hecho. Lo recuerdo alto y fuerte y me pregunto si habría podido salvar una hoja seca. Si la habría podido tomar sin hacerla polvo. Creo que él sólo las habría barrido porque no le gustaba el desorden, ni que nada estuviera sucio.

No comprendo por qué papá fue malo. En casa siempre quería que todos estuviéramos felices. Siempre arreglaba cosas, limpiaba, hacía planes para vivir mejor. A mamá le contaba sus ideas de remodelar la casa, de hacer otro piso en el techo, de hacer un cuarto de juegos. Mi papá era como un mago que buscaba transformar todo.

Fui a preguntar a mi abuela si papá era malo, ella se enojó y me dijo, una tras otra, todas las cosas que papá hizo por nosotros. “¿Cómo se te ocurre pensar que fue malo?”, me regañó, y yo me sentí culpable y supe de nuevo que yo no tenía manera de salvar las hojas.

3. Duerme, negrito

Duerme, duerme, negrito, cantaba mamá con la insistencia de un corazón, mientras yo golpeaba una batería imaginaria y tocaba con mis brazos fuera de ritmo. Estaba enojado porque desde el día en que papá murió alguien había hecho un hoyo en mi cuerpo y no encontraba la forma de cubrirlo con tierra. Estaba enojado porque todos se levantaban, iban a la mesa, comían y trabajaban como si no se dieran cuenta de que papá no estaba.

En esos días no me importaba nada y sacudía mi cabeza. Era un sonido salvaje y furioso. *Duerme, duerme, negrito*. Mi mamá latía como cantaba, intentando que yo cambiara el ritmo.

Yo sólo lanzaba chillidos de rata en peligro, más y más agudos. Desafinados. Estaba en pie de guerra, al ataque. Cantaba emocionado, como quería.

Que tu mamá está en el campo. Y yo rompía mi camisa como un cantante loco, y rompía su blusa, que no era de ella. A mamá le dieron el uniforme de papá. *Te va a traer muchas cosas para ti*, susurraba y ella me tomaba de las manos para que no siguiera rompiendo lo que ya estaba roto.

Intenté arrancarle el uniforme. *Mamá tiene que trabajar*, dijo. *Pa'l negrito chiquitito*, cantó. Y yo seguía jalando esa blusa que no era de ella.

Mamá comenzó a irse a la misma hora que se iba papá, trabajando y llorando, *trabajando sí, pa'l negrito chiquitito*, sí. Y yo temía que tampoco regresara. Pero ella regresaba antes de cenar y no andaba en moto.

“No es tu uniforme, ¡es de papá!”, recuerdo que grité, insistente, y golpeaba tambores que no existían. Golpeaba su pecho. Golpeaba su panza. Y mamá cantaba y latía y lloraba.

Me acordaba de lo que decían algunas vecinas: “¿Por qué mi papá no pensó en su familia?, en el dolor que nos iba a causar”. Eso decían y yo me enojaba porque mi papá nos llevó a la playa y nos compró un jardín.

La camisa de papá conservó su olor un tiempo. También le decía a mamá: “No te vayas”.

4. Gorila entre plumas

Hubo días, muchos tras ese día, en los que amanecí gorila de narices grandes. Túneles de viento que soplaban y resoplaban un sonido constante. Uno de esos días abrí la almohada. Sus plumas cayeron como las de un pájaro abierto. También mis lágrimas.

Hice chillar los papeles. Los rasgué en pedazos. Sonaban en su dolor porque les trocé una parte. Después se quedaron mutilados y en silencio.

Las plumas volaron sin querer, a merced del viento encontraron un rincón para ocultarse. Era una bestia. Me calmé cuando vi temblar plumas y hojas a mi alrededor. Entonces me sentí malo.

Malo, como cada vez que me peleaba. Peleé con mi amigo a golpes, y con el que no era mi amigo. Me peleaba por cualquier cosa. Me sentía malo. Pero luego el arrepentimiento llegaba como había llegado cuando mi mamá gritó que no podía más, que ya no sabía qué hacer conmigo, y mi hermana me dio un zape y me susurró que ya me portara bien. Pero yo no podía evitar seguir enojado y dejar de ser gorila.

Nadie sabía explicarme si yo era malo.

5. Salvar la raíz

Seguí siendo una bestia. Recuerdo que vi una oruga en el árbol y la aplasté. Me sentí como el viento que pasa y transforma todo. Todavía me pregunto si alguien extrañaría a esa mariposa.

Dijo mi hermana que las mariposas siembran flores y que las plantas nacen de su boca. Mamá dijo que la vida es verde y que uno necesita las plantas no sólo para estar vivo sino para conseguirse. Fue cuando se le ocurrió volver al jardín y quitar las plantas secas. Fuimos por abono para hacerlas reverdecer. Las regó y trató de que revivieran. Yo le pregunté si ellas sí podrían estar vivas de nuevo. Dijo que tal vez. Fue cuando conocí la esperanza.

Quise ayudar a mi mamá y enterré y desenterré las plantas. Hice huecos y los rellené. Puse abono y le hablé a las plantas porque mi abuelita dijo que eso servía. Pasé muchas tardes platicando con ellas. Después supe que la esperanza es color verde.

Le pregunté a mi mamá por qué ella decía que la vida es verde y entonces me mostró el desierto en un libro. “Casi nada existe ahí”, aclaró. Mi hermana dijo que un desierto es un paisaje que podría ser de otro mundo, de algún planeta sin aire. Sin plantas no podríamos respirar.

Veo el puño de mi mano y sé que en él cabe la muerte de una oruga aplastada. Se lo conté a mi mamá. Lloré cuando lo dije. Ella me respondió que todos cometemos errores, pero que también debemos ser valientes para repararlos. Lo primero es perdonar lo que hicimos.

—¿Por qué?

—Porque si no sólo repites en tu mente lo que hiciste mal, una y otra vez, y eso no sirve de nada.

—Es como un remolino en tu cabeza.

—Eso, como un remolino.

—¿A papá le faltó reparar algo? —pregunté.

Mamá se quedó callada un momento. Luego dijo con mucha seguridad:

—Si algo le faltó, para eso estamos nosotros. Para repararlo por él y salvar lo que haga falta.

6. Y brotar

—Si papá hubiera hecho algo malo —pregunté a mi hermana—, ¿lo perdonarías?

—Sí —dijo, pero tardó.

—¿Crees que las plantas nos perdonen por no haberlas cuidado? —pregunté entonces.

—Sí, porque ya lo estamos haciendo ahora.

—Pero algunas ya se secaron. Ya están muertas —aclaré. Ella se encogió de hombros.

—¿Qué podemos hacer? Ni modo —dijo.

—¿Nos perdonarán por no haberlas cuidado?

—Sí, todos cometemos errores.

Ahora sé que a la oruga la extrañaron las semillas y la vida. Estoy arrepentido de haberla aplastado, por eso busco que lleguen más mariposas y abejas a comer de las flores del jardín. Hice una promesa de cuidarlas. Si la muerte cabe en mi mano, también cabe la vida.

El tiempo es latido



1. Se derrite la nieve

No sólo aprendí a cuidar el jardín para que sobreviviera al frío. También me puse a dibujar la nieve. Gotas y copos, granizo y agua en una ventana. Dibujaba en el vidrio los relámpagos. Rayas como truenos que se agitaban. En el frío hay rayos que arden. Líneas que caen como palitos chinos.

Mis ojos estaban fijos en ese vidrio. Observaban la lluvia y una ventana cubierta de nieve, aunque dijeran que en México no hay nieve. Luego veía los trazos de mi tormenta en una hoja de papel que guardaba mi invierno.

Me sentía mejor cuando dibujaba, porque sabía que pasaría el invierno. Me gustaba la lluvia, porque regaba las plantas y las hacía crecer y llenarse de vida. Me sentía mejor.

2. Se gira

Me gusta dibujar, así que he intentado hacer un retrato. Un retrato de papá que todo lo ocupe. Un retrato sin vacío ni huecos ni blancos. Un retrato que se salga de la hoja; que no tenga aire, pero sea aire. Un papá de colores y círculos, sin la tristeza ni el gris. Sin el negro de la oscuridad. Sin picos de tormenta que astilla. Un papá como el sol, que se enredara en los rincones, que haga selva, que siembre ríos frescos con su andar de líneas y veredas.

Un papá como pelota que gire y gire sin final su presencia. Un papá que no sea un secreto. Un papá que sea otras cosas porque es un mago y conserva su magia. Un papá que se transforme, que se salve.

Colgué el retrato en la sala. Comprendí que si bien él no era un ángel que volaba a mi lado, sí estaba en mí y yo podía salvarlo.

3. Se escucha un latido

En las plantas escuché un chirrido: “cri-cri-cri”.

—¿Qué es? —pregunté a mamá.

—Un grillo —dijo, y supe que su canto era el latido de mi jardín.

Un día ya no escuchamos el canto del grillo. Había desaparecido, como papá. Supuse que había muerto. Me di cuenta de que el jardín seguía ahí, lleno de verde y de otros insectos, aun sin el latido del grillo.

Aunque ya no estuviera el canto, yo tenía que seguir cuidando mi jardín porque seguía vivo. Sabía que en mi puño estaba la vida y que también yo sigo aquí. Soy un jardín y en mis manos están las promesas.

4. Se reverdece

En otoño los árboles se quedaron en ramas. Creí que habían muerto. Mamá me prometió que habría una primavera y que ellos seguían vivos. Me dijo que los vería reverdecer y florear. Tuvieron que dejar partir sus hojas.

He descubierto brotes nuevos en las ramas. Mamá dice que no conoce el futuro, pero confía en las estaciones. Ahora sé que los héroes de las historietas sobreviven siempre, pero no son reales. En cambio, las plantas tienen la oportunidad de reverdecer, aun cuando no lo esperes.

En ocasiones mi hermana se va a las sombras o se oculta en su cuarto y yo voy a molestarla para preguntarle si no quiere buscar el sol. Le digo que a mi bisa le daban sol porque era muy bueno para su salud. Ella me dice que me largue y la deje en paz, pero yo soy necio y le digo que el sol le ayuda a crecer. Que ayuda a las plantas, y que las plantas son optimistas y sólo saben crecer, como ella me dijo.

“Ya no voy a crecer”, responde como si me azotara la puerta, que ya está cerrada; pero le recuerdo que nunca se deja de crecer. También los viejitos crecen. Crecen tanto, que un día ya no les cabe la vida y abandonan su cuerpo. Pero ellos siguen vivos. Sólo dejan su cuerpo como cáscara tirada. Como concha de cangrejo que les aprieta. Por eso se buscan otra.

Ella ya no me dice nada. No abre la puerta, pero al poco rato sale, y puedo otra vez hacer planes con ella para que me lleve a los juegos y a correr al parque. En el camino puede contarme de qué se trata esto de hacerse grande, porque ella sabe más.

5. Se llena el silencio

Volvieron las hojas verdes. Algunas plantas sobrevivieron, otras no, como el grillo. También escuché un nuevo canto. Busqué de dónde venía, encontré un grillo que no estaba antes. Supe que él, como la vida, como yo, llenará el silencio.

Siempre habrá grillos nuevos y plantas que sobreviven y otras que nacen en el jardín. Cuando descubro un brote pequeño, abriéndose paso en una rama, me emociono porque confirmo que todo crece. Entonces sé que ser semilla y ser chico no es ser débil. Es más: es una suerte porque casi tienes ganada una apuesta: la de hacerte grande.

Ahora me doy cuenta de que no me hace falta aprender a volar sino conocer la tierra y jugar con ella. Porque mis manos, como yo, como el suelo, llenamos la vida.

Y la sonrisa, como búmeran, sí regresó.

Índice

El tiempo avanza

1. Regalar un jardín	8
2. La estatua del jardín.....	9
3. Zumbar como un abejorro.....	10
4. Los milagros de papá.....	11
5. Cuando eso pasó.....	12
6. Se mueren los superhéroes	14

El tiempo se detiene.

1. Se durmió por siempre.....	18
2. Se fue y ya no regresó.....	19
3. Se convirtió en secreto.....	20
4. Se convirtió en cuerpo.....	21
5. Se convirtió en fantasma.....	22

El tiempo pasa lento

1. Se cayó.....	28
2. Se calló	29
3. Se hará ángel	30

El tiempo continúa

1. Pasa el viento	34
2. Se hace polvo	36
3. <i>Duerme, negrito</i>	37
4. Gorila entre plumas.....	39
5. Salvar la raíz.....	40
6. Y brotar	42

El tiempo es latido

1. Se derrite la nieve.....	46
2. Se gira	47
3. Se escucha un latido.....	48
4. Se reverdece.....	49
5. Se llena el silencio.....	50

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernalova

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Guillermina Pérez Suárez

COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Búmeran, escrito por Elizabeth Cruz Madrid
e ilustrado por Mariana Alcántara, se terminó de editar
en julio de 2023